

tos, porque si su esfuerzo era grande, su pericia militar era poca. En un momento crítico, se preparó una expedición naval por el Mississipí, haciendo de este río la principal línea de operaciones contra los confederados. Una mujer, miss Anna Carroll, aquella que en Maryland, en momentos de irresolución, había contribuido á que el gobernador se decidiera á favor de los esclavos; aquella que había dado libertad á los suyos, fué al teatro de la guerra para observar sus circunstancias y progresos, y vió lo que ningún general había visto: que era inevitable un desastre si se ponía en práctica el plan concertado. Para evitarlo, dirige al Ministerio de la Guerra una Memoria con planos, en que se demuestra que la línea estratégica es el río Tennessee. Consultado por el Ministro el secretario Scot, persona la más competente en el asunto, declaró que era la primera solución que había visto del difícil problema de cortar la comunicación entre el Este y el Oeste del territorio enemigo, y en consecuencia no se llevó á cabo el proyecto de la expedición naval del Mississipí, y se abandonó este río como principal línea de operaciones, adoptando la del Tennessee. Este cambio de plan tuvo prontos y favorables resultados,

que pudieron calificarse de decisivos, porque las victorias obtenidas rompieron la línea de fortificaciones de los confederados, cuyas comunicaciones entre el Este y el Oeste quedaron interrumpidas, los quebrantaron de un modo irreparable. Miss Carroll continuó dirigiendo al ministerio de la Guerra planos y Memorias. Por no seguir el plan trazado por ella, se retrasó un año la toma de Vicksburg (llamado el Gibraltar de los confederados), que al fin se ganó siguiendo sus indicaciones.

¿Quién era el inspirador de estas medidas, el estratégico consumado que trazaba tan sabios planes, la mano oculta que guiaba al combate y á la victoria tantos miles de ciudadanos soldados? Nadie lo sabía; nadie, si se exceptúa el Presidente de la República, los Ministros y el Secretario de la Guerra, que guardaron el más profundo secreto. Discutióse en la Cámara sobre el misterioso estratégico; unos supusieron que era el Presidente de la República, otros el Secretario del Ministerio de la Guerra, y tanto los representantes del país entonces, como después varios historiadores, nombraban como autores del plan coronado por la victoria, á los generales Grant, Allek, Foot, Smith, Fremont, etc.

Se comprende, y no merece censura, que mientras duró la guerra, se ocultara el autor de los planes que tanto contribuyeron á su feliz éxito; no se hubieran secundado con fe y valor sabiendo su origen, y generales y tropa se habrían creído rebajados y sacrificados siguiendo las inspiraciones de una mujer. Lo que no se comprende ni puede disculparse, es que al día siguiente de terminada la lucha, lejos de celebrar la victoria enalteciendo el nombre de la que había tenido tanta parte en ella, se callara; lo que no se comprende ni se disculpa es que la valiosa cooperación, reservada por prudencia, continuara ocultándose por injusticia; lo que no se comprende ni se disculpa es que Presidente, Ministros y Generales permitieran que la opinión les atribuyera un mérito que no tenían, que admitiesen recompensas mientras ninguna se daba á quien tantas había merecido, y guardasen un secreto que revelaba el de su indignidad; lo que no se comprende ni se disculpa es que, habiendo acudido miss Carroll ante el Congreso de los representantes del país para que se la declarase autora del plan de campaña del río Tennessee, después de haber informado las comisiones militares nombradas al efecto que así

era verdad, ningún premio se le concediera. La deuda era grande; estaba reconocida; habría parecido sagrada siendo el acreedor un hombre; pero respecto á una mujer, bien podía la nación, sin mengua de su decoro, declararse insolvente respecto á las cargas de agradecimiento y de justicia. No sería de extrañar tal proceder en un país miserable y esclavizado; pero asombra y affige semejante ingratitud de parte de un pueblo libre y grande.

Las autoras de la *Historia de los derechos de la mujer* consignan con amargura que al mismo tiempo que el telégrafo de los Estados Unidos funcionaba sin cesar, y la prensa publicaba de continuo noticias y detalles respecto á la salud del presidente Garfield, que, aun cuando muy digno de compasión como herido, no pasaba de ser un hombre vulgarísimo, miss Ana Carroll padecía grave enfermedad, sin que el público se interesase nada por la salud de la que había hecho tanto por la del pueblo. Si ha muerto (que lo ignoramos), puedan las lágrimas de alguna mujer piadosa hacer leve la tierra que fué para ella tan ingrata.

Hemos consignado el hecho por parecernos que, semejante á las columnas miliarias que in-

dican el camino andado y el que falta para llegar, merecimiento tan grande y tan desconocido en la nación donde hay menos diferencias sociales injustas entre los dos sexos, prueba hasta dónde llegan *ya* las mujeres, y dónde están los hombres *todavía*.

Otro *hecho* vamos á citar, que contribuirá á dar idea de lo mucho que ha de ir enseñando el tiempo, y esta lección empezaremos por tomarla nosotros. En LA MUJER DEL PORVENIR opinábamos que no convenía dar á las mujeres derechos políticos. No siendo partidarios del sufragio universal, mientras sean generales la ignorancia y la falta de dignidad; habiendo comprendido y visto que, conceder voto á *todos* hoy en España es dar cientos y miles de votos á unos pocos, que no suelen ser los mejores, natural era que no opinásemos que las mujeres votasen, lo cual equivaldría, por regla general, á que el marido tuviese dos votos, y si era padre, tantos como hijas mayores de edad, etc. Pero todo esto es transitorio; puede llegar, y llegará, un día en que el sufragio universal sea una verdad y una ventaja grande, como resulta siempre de la justicia, y ni aun ese día queríamos derechos políticos para la mujer. ¿Por qué? Porque sobrepo-

níamos la cuestión *moral* á todas las otras; porque la esfera política es, y tememos que sea siempre, la menos pura de todas, y deseábamos que la mujer se mantuviera á conveniente distancia, para que no se manchase. Cuando hombres tan eminentes y tan verdaderamente grandes como Channing, pedían en los Estados Unidos de América derechos políticos para la mujer, dando, entre otras razones, y algunos como la primera razón, que era el único medio de *moralizar la política*, nos asaltaba la duda de si las mujeres podrían purificar la atmósfera, ó se contaminarían en ella.

Expuesta nuestra duda, consignemos el hecho á que aludimos más arriba.

La Comisión del Senado de los Estados Unidos de América, nombrada para informar sobre si debía reformarse la Constitución Federal concediendo derechos políticos á las mujeres, en el dictamen emitido el 5 de Junio de 1882 ha dicho, entre otras cosas, lo siguiente:

«En los territorios de Wyoming y Utah, donde los derechos de ambos sexos eran idénticos, había dado los mejores resultados el sufragio concedido á las mujeres, que, al ejercer los derechos

políticos, mostraron más *moralidad y perspicacia que los hombres.*

»En doce Estados de la Unión tienen las mujeres voto en diferentes asuntos que resuelve el Municipio: enseñanza, beneficencia, etc., y donde quiera han votado las mujeres con acierto.» El Gobernador del Estado de Nueva York decía en 5 de Mayo de 1882 en su Mensaje á la legislatura: «La ley reciente, por la cual son elegibles las mujeres para las juntas de escuelas, ha dado admirables resultados, no sólo por el número de nuevos vocales, sino, y principalmente, porque ha elevado el nivel moral é intelectual de los hombres propuestos como candidatos, estimulándolos á ejercer con más celo sus cargos.

»De estos experimentos se deduce cuán ventajoso sería ampliar el derecho de sufragio de las mujeres á otros asuntos.»

.

«Ha venido á ser costumbre general invitar señoras á las reuniones políticas para que oigan las discusiones, y su presencia ha contribuido mucho á que haya en los debates más sinceridad y elevación, y mejores formas. ¿Por qué su concurso no ha de producir los mismos efectos en

las urnas? Siempre que la ley ha dado voto á las mujeres, tanto en Inglaterra como entre nosotros, se observa el mismo beneficioso resultado.....

»En vista de estas y otras razones, la Comisión propone *que se reforme la Constitución Federal, concediendo igualdad de derechos á todos los ciudadanos de los Estados Unidos, sin distinción de sexos.*»

Para los que no son aficionados á razones y quieren *hechos*, ahí están; y para todos los que con buen entendimiento y buena fe se ocupan en el asunto, ha llegado el caso, si no de resolver sobre todas las cuestiones que comprende, de reflexionar, porque cada día se ofrecen nuevos datos á la reflexión. Si hay puntos oscuros respecto á los cuales sería imprudente decir: *juzguemos*, respecto á ninguno faltan elementos de estudio, y sobre todo puede decirse: *meditemos.*

Para que nuestras meditaciones sean más fecundas y nos conduzcan más pronto á la verdad, sería bien, al estudiar las fuerzas intelectuales de la mujer, no incurrir en el error que ha hecho apreciar mal las fisiológicas y morales, calificando de *inferiores* las que se manifesta-

ban de un modo *diferente*, y de *débiles* las que eran menos *instantáneas* y *ostensibles*.

Si con sinceridad hemos manifestado nuestras dudas, con energía afirmaremos dos convicciones:

1.^a Que, llegue hasta donde llegue la inteligencia de la mujer, debe procurarse que vaya hasta donde puede llegar; porque si el hombre se perfecciona cultivándola, ella no puede menos de estar sujeta á la misma ley.

2.^a Que las dudas respecto á la igualdad de la inteligencia de la mujer no se refieren á su aptitud para los conocimientos comunes y su aplicación. No creemos que la teoría y la práctica de ninguna profesión exijan mayor capacidad que la suya: un abogado, un médico, un farmacéutico, un comerciante, un industrial, un empleado, un escribano, como lo son la inmensa mayoría, pueden hacerse de cualquiera mujer. Nuestras dudas no se refieren á la inteligencia vulgar ni común, ni al talento, cuando no es muy superior, sino á éste y al genio; y como estos casos son excepcionales, mucho más excepcionales de lo que generalmente se cree, no hay que tenerlos en cuenta para la práctica y para la regla de la vida social. ¿Podrán llegar las mu-

jerer adonde alcanzan los grandes hombres? ¿Llegará alguna, muchas, tantas ó en menor número que ellos? El tiempo lo dirá; pero lo que puede afirmarse desde ahora para siempre es lo injusto, absurdo y ridículo de que la inmensa multitud de hombres medianos tengan pretensiones de superioridad, porque haya (rara excepción) algún hombre superior. El respeto que merece de ningún modo puede reclamarlo el sexo; la luz que derrama es para todos, y su poderosa palanca no ha de ponerse en manos brutas para que la convierta en palo de ciego. ¿Estaría bien que, porque ha habido jurisconsultos y grandes químicos, cualquier picapleitos ó revendedor de drogas se creyera superior á su mujer, aunque, como sucede muchas veces, sea menos capaz que ella?

Si no hemos escrito inútilmente lo que antecede, el lector tendrá, como nosotros, por un error la supuesta debilidad de la mujer. Pero de que sea más fuerte de lo que se supone, ¿concluiremos que tiene toda la fuerza que podía tener, y era necesario que tuviese, para el bien de la sociedad, el de la familia y el suyo propio? Muy lejos estamos de semejante errónea conclusión.

Hay una circunstancia que, por dura que sea, parece ley; y es que la mujer, á medida que necesita más fuerza, la sociedad hace más para impedirle que se fortalezca. En efecto; cuando su condición era peor que hoy; cuando las máquinas no hacían mucho trabajo bruto, y no rebajaban en nada la ventaja de la mayor fuerza muscular; cuando el espíritu de la mujer se despreciaba hasta el punto de poner en duda si le tenía; cuando se la esclavizaba de todos modos, encadenándola de la manera más odiosa y cruel; entonces, que necesitaba tanta fuerza para no sucumbir material y moralmente, mermaban su resistencia por la ley que indicábamos arriba, y que no es, después de todo, más que la muy conocida de que *todo el que oprime debilita*.

Sin duda la condición de la mujer ha mejorado; es consoladora, comparándola con lo que ha sido, pero irritante comparándola con lo que debía ser. Víctima de grandes injusticias y de grandes errores, sufre todavía los efectos de las causas que, calificándola de débil, la debilitan inhabilitándola para la plenitud de su vida física, moral é intelectual. Se notan y censuran sus condescendencias no razonables, sus contradiccio-

nes, la energía que le *falta*, sin notar la que *necesita* y la que se le *quita*.

El hijo suele amar á la madre, pero no es lo común que la respete, aunque él ó ella ó entrambos supongan otra cosa, ó no supongan nada. Hay muchas formas de respeto que á veces no existe en el fondo, porque la inferioridad intelectual, social y económica, que contribuye á la de carácter, es sentida y más ó menos manifestada primero por el marido y después por los hijos. El amor puede cubrirla, pero no la destruye, y á pesar de él, aparece como sabor amargo de píldora, cuyo dorado falta á trechos. ¡Cuántas veces es la mujer objeto de proceder que, aun benévolo, aun afectuoso, más que á persona formal, parecen dirigidos á una niña grande! De aquí la frecuencia con que le falta autoridad para mantener un orden que reclama el mismo que le dificulta. No basta que el hombre, como suele decirse, *no se meta en las cosas de casa*, para que en ella tenga prestigio la madre; porque sobre que las cosas de casa tienen relación íntima, el respeto no es como esos animales que viven aunque se los divida en pequeñísimas partes, sino que necesita muchos y varios elementos para existir, y la desautorización en

un asunto se refleja en otro y otros, que se imaginan independientes de él.

La desigualdad de carácter (una forma de la debilidad), más daño aún que al marido hace á los hijos, pues, lejos de neutralizarla, la suman con la suya. En la voluble irreflexión de la infancia son indispensables ciertos puntos cardinales bien fijos; la fijeza les da carácter de ley, sello de verdad, porque cuando no se sostiene ó se varía el mandato, los niños, y aun los hombres, miden por la facilidad el derecho de infringirle, suponiendo que no importará mucho lo que se defiende tan poco. Todo esto parece claro; pero no lo es menos que se pide á la esposa y á la madre firmeza necesaria al buen orden, y al mismo tiempo se la priva de todos los medios de fortalecerse, y se merma su autoridad y su prestigio.

Decíamos que se nota en la mujer la fuerza que le falta, pero no la que necesita, y de esto último no tienen idea la mayor parte de los hombres. Saben que *pelea con los chicos y con los criados*; á veces dicen: *no sé cómo tienen paciencia*; pero ignoran ú olvidan que la paciencia es fuerza, y ¡cuánta gasta la que acusan de débil! Porque en ocasiones es *insuficiente*, concluyen

que es *pequeña*; modo de discurrir como el que calificase de endeble al cargador que no pudiera levantar quinientos kilogramos.

Pero ¿dónde está ese peso que exageradamente calificamos de excesivo, arrojado sobre los débiles hombros de la mujer? ¿Dónde? En su casa; en cualquiera casa podremos hallarle; para ojos inexpertos, invisible, pero abrumador, más que por la intensidad, por la continuidad de su acción. La continuidad: esta es la circunstancia que le agrava, haciéndole tantas veces superior á una fuerza, que, mermada por las causas indicadas y otras, ha de ejercitarse sin descanso. El espíritu de la mujer (recordemos que no se trata del vigor muscular), el espíritu de la mujer cuando lucha incesantemente en su casa, por falta de descanso, se *rinde*, y ésta es la explicación de muchas inconsecuencias y debilidades.

Una de las causas de que el servicio sea malo en los asilos benéficos y en las prisiones, es la falta de descanso de asistentes y guardianes. No basta que se les den horas para el sueño y la comida; no bastan el reposo y sustento *fisiológico*; se necesita el *psicológico*; que el enfermero deje de ver enfermos y el guardián penados; que su

ánimo se rehaga en la compañía de personas sanas de cuerpo y de alma, y con el espectáculo de las cosas buenas, bellas y verdaderas, de la felicidad que da alegría, y de la virtud que da ejemplo. Mientras no haya suficiente personal para que con los relevos se restablezcan las fuerzas psicológicas, hágase lo que se haga, no habrá nunca buen servicio.

¿Y qué tienen que ver, se dirá, un hospital y una prisión con una casa honrada, en que no hay enfermos, y una señora con enfermeros y guardianes? Tiene que ver mucho; porque para que ella cumpla su misión como ellos su servicio, há menester también reposo, recreo de ánimo que no tiene; y si hemos ido á buscar puntos de comparación que tal vez se califiquen de extraños, es porque existen más analogías de las que se ven á primera vista, y las hay para los efectos de *rendir*, entre todos los trabajos asiduos que no se interrumpen con el descanso conveniente. Que los hombres hagan críticas, acusaciones, cálculos ó epigramas; todo será inútil para el buen orden moral y aun material de la casa, mientras las mujeres no se hallen en condiciones psicológicas para establecerle, y tengan el espíritu en un grado de malestar, can-

sancio ó hastío, de debilidad, cuyos síntomas se califican de faltas cuando no son más que naturales consecuencias. Y no se diga que alguna se sustrae á ellas, porque los méritos excepcionales no han de servir de norma para las reglas; ni se alegue que no advierten estos males las que suponemos víctimas de ellos; porque el no reconocer su estado no es prueba de que carezca de gravedad, y enfermos próximos á morir, hacen proyectos de viaje.

No es cierto que la mujer sea débil, pero sí que está debilitada por el exceso de trabajo ó la ociosidad; por el tedio, por la inacción de sus facultades más elevadas; por la mala higiene; por la falta de recursos; por el poco aprecio en que se la tiene y por la escasa instrucción que se le da.

En los Estados- Unidos de América, donde el régimen material, moral é intelectual de la mujer se aproxima más á la razón y á la justicia, su moralidad aumenta con su fortaleza. No sólo la criminalidad de éstas podría quedar reducida á muy poco, sino que disminuiría la de los hombres, que con tanta frecuencia *se pierden por una mujer*, por lo común *mala*, es decir, *débil*.

La conclusión de este asunto es, y no puede ser otra, que pedir para la mujer un régimen tó-

nico, en vez del *enervante* á que ahora está sujeta.

Que engendre y críe hijos robustos;

Que los eduque bien;

Que sostenga á padres débiles;

Que sea la compañera y auxiliar del esposo, y hasta cierto punto pueda suplirle, cuando la muerte le arrebatara ó la enfermedad le inhabilitara;

Que resista á los hombres malos;

Que sea cooperadora de los buenos en el bien público, y la iniciadora de aquellas obras benéficas respecto á las que tiene mayor aptitud.

Para todo esto, que esté armada contra la vanidad, contra el vicio, contra todo género de culpables concupiscencias, único modo de que pueda triunfar del mal, que rara vez deja de caer sobre ella cuando le hace.

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

exclama el poeta. El pensador dice:

¡Ay infeliz de la que vive débil!

Transformar á la *mujer de su casa* en *mujer fuerte*, tal es el problema.

La transformación es en unos pueblos rápida, en otros lenta, pero donde quiera, indefectible. Todos los que contribuyan á ella merecerán bien de la sociedad, de la familia y de la mujer, que

será mejor y más dichosa cuando alcance la plenitud de su existencia racional, hoy comprimida y abigarrada.

Ese día no le veremos los ancianos, ni le verán los que nacen hoy; pero podrán vislumbrar su aurora si el sexo débil aprende que su debilidad es en parte mentira y en parte injusticia; y el sexo fuerte, que no le ha dado Dios la fuerza para que desfigure y mutile sus obras. En España son todavía pocos, muy pocos, los que comprenden que todo atentado secular de opresión necesita una obra de redención; pocos los que aceptan el *deber* en la *medida* del *poder*; pocos los que aspiran á la superioridad, elevándose y no rebajando á los demás; pocos los que están dispuestos á sustituir la pueril vanidad por el noble orgullo, el egoísmo por la abnegación y la tiranía por la justicia.

Aquella voz que preguntaba á Caín: *¿Qué has hecho de tu hermano?* podría resonar en la conciencia del hombre diciéndole: *¿Qué has hecho de la fuerza de la mujer?* No parece fácil que respondiese á la celeste voz; pero es aún más dificultoso que la oiga.

FIN DE LA MUJER DE SU CASA.